

José Rilla y Jaime Yaffé (dir.), Gabriel Bucheli y Adolfo Garcé (coord.), *Partidos y movimientos políticos en el Uruguay. Blancos*. Montevideo: Crítica, 2021, 379 pp.

José Rilla y Jaime Yaffé (dir.), Daniel Buquet, Daniel Chasqueti y Felipe Monestier (coord.), *Partidos y movimientos políticos en el Uruguay. Colorados*. Montevideo: Crítica, 2021, 418 pp.

José Rilla y Jaime Yaffé (dir.), Gerardo Caetano, Aldo Marchesi y Vania Markarian (coord.), *Partidos y movimientos políticos en el Uruguay. Izquierdas*. Montevideo: Crítica, 2021, 422 pp.

Comentar una obra como esta constituye un desafío importante, en primer lugar, por su magnitud, y en segundo lugar por su contenido.

Se trata de una obra que conjuga extensión y ambición. Consta de tres libros, cada uno de ellos de unas cuatrocientas páginas, sobre los partidos políticos del Uruguay, en la que un tomo se ocupa de los blancos, otro de los colorados, y otro de las izquierdas. Los conductores de este proyecto convocaron a aproximadamente cincuenta autores, en su mayoría investigadores de los campos de la historia y de la ciencia política, en su mayoría de la Universidad de la República, aunque no únicamente, y también han participado especialistas de otros campos, así como personas que conjugan en su perfil la producción intelectual con una reconocida trayectoria militante en alguno de los partidos objeto de estudio.

Es una obra intelectualmente ambiciosa (que no es lo mismo que decir pretenciosa) ya que busca poner a disposición de un público más amplio que el de los especialistas, un estado de la cuestión sobre los partidos políticos uruguayos. Su historia, sus corrientes internas, su desempeño electoral, su relación con la sociedad que los anida y a la que representan, sus principales figuras, en definitiva, el modo en que estos partidos han dado forma y contenido a la democracia uruguaya a lo largo de su existencia. La ambición de la obra no radica solo en este siempre difícil objetivo de trascender las murallas del mundo académico y llegar al público con un producto académicamente informado sobre un tema casi tan cotidiano (y tan sensible) como el fútbol, y tan crucial para la vida de los uruguayos, como es la política. Es también ambicioso el diseño de la obra. Lejos de ser un salpicón de escritos de autores diversos más o menos conectados temáticamente, y lejos también de su

extremo opuesto, la síntesis orgánica y monolítica de un autor o de un colectivo de autores que hipotéticamente hubiera pasado años discutiendo hasta ponerse de acuerdo en todo, la obra se presenta como el fruto de una estrategia coral (la metáfora es de Rilla y Yaffé), donde muchas voces cantan, casi siempre con los instrumentos de la ciencia política o de la historia, una misma partitura. En efecto, hay un conjunto de líneas temáticas o ejes analíticos que atraviesan a los tres libros, dándole coherencia y unidad a la obra en su conjunto sin sacrificar del todo los necesarios componentes de especificidad, flexibilidad y heterogeneidad requeridos por cada uno de los tomos. No debe haber sido fácil concebir y ejecutar esta estrategia, que si bien apunta más alto que a lo conocido, también acepta correr riesgos mayores. Esta valentía intelectual singulariza esta obra y la destaca, ya en el arranque, del conjunto de los diversos emprendimientos editoriales que de manera bastante regular buscan atraer el interés del público sobre temas políticos.

Jaime Yaffé y José Rilla son, además de los coordinadores generales de la obra, autores de un capítulo que se reproduce en cada uno de los tomos a modo de introducción o presentación general, y que lleva por título el mismo de toda la obra: *Partidos y movimientos políticos en Uruguay. Historia y presente*. Se trata de un texto de muchas virtudes, entre las cuales se cuenta la claridad con que son presentados al lector los objetivos y los puntos de partida de la obra, la lógica empleada para organizarla y el plan que finalmente la estructura, es decir, las partes que componen cada tomo. Resultan particularmente útiles y disfrutables los apartados donde los autores recapitulan, en una síntesis muy bien escrita, los antecedentes de este libro, es decir los recorridos intelectuales que, sobre todo, pero no únicamente, la ciencia política y la historiografía

fía de nuestro país cumplieron con relación a la cuestión de los partidos políticos antes de llegar hasta este libro. Es un texto que tiene mucho de análisis historiográfico, pero también contiene una reflexión sobre el objeto de estudio y componentes de autorreflexión, tres aspectos que no es frecuente encontrar abordados en un mismo texto y con equivalente solvencia. La lectura de este texto permite, con facilidad, ubicar la obra entera en el marco de las historiografías actuales. En efecto, esta obra se auto adscribe a una cierta generación y a una cierta intersección, sino de métodos, al menos de intereses, entre la nueva historia política —una etiqueta genérica que da cabida a un conjunto de desarrollos temáticos y metodológicos recientes de la historia política en diversas partes del mundo—, y la ciencia política. Los autores se identifican con una generación (en el sentido demográfico del término y dejando de lado sus posibles complejidades) que se inició en la vida académica durante los años de la transición democrática (1985-1990), y que venía marcada a fuego por la experiencia de la dictadura, es decir, por la experiencia no de una democracia viva y vibrante, sino de su ausencia y derrota. En este sentido el libro es muy transparente y me animo a decir que el subtexto de esta obra es un canto de amor a la política, a la democracia y a los partidos.

Ubicada la obra de este modo, surgen algunas reflexiones sobre el «estado del arte» de la historia política uruguaya. Se advierte con claridad la desigual acumulación sobre temas, problemas y períodos, un hecho reconocido por los coordinadores generales de la obra y por los de cada tomo en particular. No es un dato sorprendente, dado que el conocimiento no avanza como un ejército geoméricamente alineado sobre un campo de batalla, sino con vanguardias y retaguardias que se precisan mutuamente. Vale la pena reflexionar brevemente sobre lo que muestra este panorama.

Son notables los avances alcanzados en los últimos treinta años en relación con diversos procesos políticos del siglo XX, cuya agenda de investigación parece tener tres grandes «momentos estelares», si se me permite llamar así a

ciertos nudos de procesos y problemas que han atraído la atención de los investigadores. Estos serían: el primer batllismo, la crisis de la democracia que precede a la dictadura, y el *cluster* temático conformado por la dictadura militar y la transición. De estos tres momentos, no es necesario aclarar que el del primer batllismo es el que acumula más, en cantidad y en densidad analítica.

Para no reiterar el conocido cliché de señalar el batlli-centrismo de la historia política uruguaya, vale destacar como una novedad significativa que en esta obra la vertiente radical del primer batllismo es incorporada a la historia de las izquierdas, sin por ello perder su lugar en la historia del Partido Colorado, y también en la de los blancos. Puede concebirse este movimiento como el resultado de un extenso periplo historiográfico que empezó quizás con la obra de Milton Vanger unas cuantas décadas atrás (*José Batlle y Ordóñez: El creador de su época 1902-1907*. Buenos Aires: Eudeba, 1968), y que alcanza a los libros más recientes de Gerardo Caetano sobre ese tema (*El liberalismo conservador: genealogías*. Montevideo: Banda Oriental, 2021 y *La república batllista: ciudadanía, republicanism y liberalismo en Uruguay (1910-1933)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2011).

En cuanto al tema de la crisis de la democracia uruguaya que condujo al golpe de estado, así como la propia ruptura institucional de 1973, fue una especie de obsesión en la ciencia política y la sociología política de nuestro país desde muy temprano. Sin pretensión de ponerle una fecha de nacimiento a un proceso de análisis que solo conozco parcialmente, es inevitable recordar las páginas amargas que ya en 1971 Carlos Real de Azúa destinó en su texto *Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy* (en: Luis C. Benvenuto et al, *Uruguay hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971) a tratar de explicar el colapso de las instituciones que se anunciaba de manera inexorable. Esta obra muestra avances en dos direcciones. En primer lugar, son palpables los avances en relación con los factores endógenos al propio sistema de partidos: un microcosmos de desconfianzas, realineamientos, y defecciones

a la democracia vividas por diversas corrientes internas de los partidos, que se consumaron entre la aprobación de la nueva constitución de 1967 y el golpe de 1973. Por otro lado, se aprecian los avances generados por la llamada «historia reciente» sobre lo que hoy, mirado en perspectiva, podríamos decir con certeza que fue un momento crucial en la historia de las izquierdas del país, doblemente singularizado en esos mismos años por dos procesos de difícil compaginación, como fueron por un lado el deterioro de la confianza en la democracia y el ascenso de la lucha armada, y por el otro el surgimiento del Frente Amplio. Finalmente, esta misma impronta de la historia reciente se percibe en los capítulos de los tres tomos donde se trata el tema de la dictadura civil-militar de los años 1973-1985, y especialmente en el tomo de las izquierdas con relación a los procesos ocurridos adentro de los movimientos y grupos de izquierda después de la derrota, un tema que durante muchas décadas se conoció únicamente desde lo testimonial y que ahora cuenta con una estela de estudios muy bien documentados.

Si abandonamos el siglo XX en cambio, el panorama historiográfico es menos fecundo en novedades. Hasta el año 2019 la historia política del siglo XXI era esencialmente la historia de dos episodios: la crisis del 2001 y los 15 años de gobierno del Frente Amplio, o como se llama en esta obra, la «era progresista». Los dos episodios aparecen tratados con abundancia de información y ya con cierto grado de asentamiento analítico. Con relación al primero, se pone el foco en la forma en que los partidos ubicados en el gobierno y aquellos ubicados en la oposición manejaron la crisis, y las consecuencias electorales que ambas cosas tuvieron. Con relación a lo segundo, esta obra recoge algunas hipótesis adelantadas en algunos casos por los politólogos y en otras por politólogos-historiadores hace ya unos cuantos años, sobre las mediaciones electorales y discursivas que condujeron al triunfo electoral del Frente Amplio, así como sobre algunos aspectos de su experiencia en la conducción del país.

Es en la historia política sobre procesos, figuras y episodios ocurridos en el siglo XIX donde es menos perceptible la renovación historiográfica. Podría decirse que lo que Rilla y Yaffé llaman la «ciudadela piveliana» se muestra aquí intacta con relación a temas tan importantes como el origen de los partidos Blanco y Colorado, la significación de las figuras de Rivera y Oribe en la historia de estos partidos, la dicotomía caudillos y doctores, los espacios ideológicos de pertenencia de los partidos históricos y hasta la periodización de su tránsito histórico a lo largo del siglo, todos temas que conservan la impronta de Pivel Devoto. Podría pensarse que esto es, al menos en parte, el resultado de que el proceso de renovación historiográfica sobre el siglo XIX está inconcluso, ya que como dicen Rilla y Yaffé en su prólogo, la renovación es más clara y completa con relación a los años de la crisis del orden colonial y de la revolución emancipadora. Sin embargo, ya está establecido un puente analítico muy firme entre esa nueva historia política (y conceptual) de la revolución emancipadora y una nueva historia política sobre la primera mitad del siglo XIX a través de una bibliografía que es todavía escasa (pero no inexistente) en Uruguay y que es muy vasta en la región latinoamericana, y en particular en una región que es muy relevante para los temas del siglo XIX temprano, como es la Argentina.

Por medio de esta referencia a los procesos del siglo XIX me introduzco ahora en dos ausencias que presenta *Partidos y movimientos políticos en Uruguay*. La primera y más notable es la ausencia de una mayor perspectiva regional para el abordaje de algunos temas. En numerosos casos se hacen referencias a procesos del mundo y de la región, dándoles el poco o mucho espacio que imponen las restricciones de toda obra editorial. Sin embargo, se echa en falta un abordaje donde sea posible inscribir algunos de los procesos analizados en un cuadro mayor, en especial en aquellos casos donde no hacerlo podría conllevar riesgos analíticos de importancia. Esto es particularmente gravoso con relación a temas como el origen de los partidos Blanco y Colorado, así como la cuestión de los debates entre caudillos y doctores. Es imposible enten-

der el liderazgo de Rivera o el de Oribe sin ubicarlos en el mapa de la política de 1820, que, por definición, es un mapa regional, como también lo es el mapa político que permite entender la Guerra Grande, los fracasos de la «política de fusión» y la Guerra de la Triple Alianza. En este mismo sentido, es expresivo que, particularmente en los tomos sobre blancos y colorados, la bibliografía empleada es abrumadoramente uruguaya y que las excepciones a esta regla son referencias a algunos grandes teóricos de la ciencia política.

La segunda ausencia refiere a los contenidos discursivos movilizados por los partidos y movimientos políticos en diversas circunstancias, en particular, en coyunturas de alta conflictividad política. La obra cuenta con textos que abordan las posiciones de los partidos sobre asuntos de primera importancia, como las relaciones internacionales que debía tener el país, lo que pensaban blancos y colorados sobre el papel del Estado en la economía, o sobre cómo entendieron y vivieron esos partidos y las izquierdas el autoritarismo y la democracia, o la cuestión de la laicidad. Pero en los capítulos de «Secuencias», que es donde se cuenta la historia de los partidos, donde se los ve actuar e interactuar en un juego político que lleva más de 150 años, hay largos tramos temporales donde no es claro el mapa de las diferencias sustantivas entre los partidos. Zanjadas las diferencias entre

blancos y colorados sobre el colegiado después de 1918, no es claro si hubo otros núcleos programáticos que pusieran frontalmente a un partido en las antípodas del otro. Los partidos Blanco y Colorado son presentados durante la mayor parte del siglo XX en un juego de competencia política donde las discusiones más relevantes parecen haber sido en relación con las reglas de ese mismo juego, más que con los «grandes asuntos del país», hasta que al final del siglo asoma en el horizonte la posibilidad cierta de perder las elecciones frente al rival de la izquierda unida, que diluye las diferencias históricas y funda nuevas lealtades. En contraste, durante la mayor parte del siglo XX las izquierdas aparecen enfrascadas en proyectos utópicos de largo aliento, pero como jugadores marginales de la competencia política. Me pregunto hasta qué punto la perspectiva que pone el foco en la competencia política —ineludible por tratarse precisamente de partidos políticos envueltos en el juego democrático— opaca otras dimensiones que también son relevantes para comprender la historia de los partidos, como sus (seguramente complejas y nunca monolíticas) matrices ideológicas, sus prácticas militantes y sus repertorios simbólicos.

María Inés Moraes
Universidad de la República, Uruguay